

María Peña: «Subirachs, hoy», *La Vanguardia Española*, 9 de abril de 1975, p. 2

Cuanto seguimos con admiración y renovado interés la trayectoria artística de Subirachs celebramos, hace escasos meses, que la *Hispanic Society*, de Nueva York, adquiriera una reciente obra suya para engrosar sus colecciones: se trata del autorretrato realizado en 1974. Además, la noticia contribuyó a acrecentar la confianza en unas instituciones cuya función se ha cuestionado seriamente en los últimos años; en efecto, resulta alentador saber que uno de los más prestigiosos museos del mundo procura poner al día sus fondos con las obras más actuales de nuestros mejores artistas, contribuyendo así a su mejor difusión y conocimiento.

Este hecho promueve una reflexión sobre la etapa actual de nuestro artista: Subirachs se muestra consecuente con una línea evolutiva que, por no querer constreñirse a los estrictos límites de la escultura, ha buscado incorporar a la misma, ora los valores tectónicos, ora los cromáticos. Ya en 1959, Juan-Eduardo Cirlot descubría en ciertas obras del escultor una “marcada cercanía a algunas realizaciones pictóricas...” y el propio artista, al integrar materiales diversos en sus creaciones, se ufana pocos años después de “haber logrado (...) lo que fue el deseo incumplido de muchos de los escultores que nos precedieron: dar color a la forma”. No es, pues, de extrañar, que esta vieja pasión por el color se manifieste ahora, sin ambages, a través de una sorprendente yuxtaposición de elementos pictóricos y escultóricos de cuya dialéctica surge, convincente y rotunda, una nueva forma.

Así, el autorretrato que da pie a este comentario está concebido a modo de díptico en bronce y madera, unido por una gran bisagra. En una de las tablas, la propia mano del autor, como fosilizada en el bronce, brinda la exactitud de su huella al análisis o a la cábala y, por sobre todo, da testimonio del buen hacer de un maestro para quien el dominio técnico es condición indispensable de la forma; en la otra, la parte inferior del rostro se recorta sobre un rojo tan suntuoso que hace inevitable la referencia al retrato del duque de Urbino, de Piero della Francesca. A través de la abstracción de tan pocos aunque significativos elementos, Subirachs nos ofrece una imagen de sí mismo compleja y emblemática; pero la “máscara” se adhiere tan íntimamente a la “persona” que, arrepintiéndose de una confianza quizá excesiva, la obra se cierra sobre sí misma ocultando su riqueza interior para mostrar solo el bronco contraste externo.

Esta impresión de interés total por el hombre y por la vida, incluso a nivel de estudio biológico, que se observa en el citado autorretrato, se acentúa en otra obra que, como en la mayoría de las realizadas últimamente, aúna también las técnicas escultórica y pictórica: *Humaniora*. De torsos –masculino y femenino-, de rigurosa frontalidad y atrevido encuadre, se sitúan a ambos

extremos de un tríptico. El cuerpo de la mujer, pintado sobre tabla, presenta gran minuciosidad caligráfica, rotundidad de los volúmenes y morbidez de las carnaciones; el del hombre, hendido en el bronce, opone cierta aspereza tensa, subrayada por el bello cromatismo que un proceso de oxidación ha conferido al metal. Entre ambos, ocupando el centro geométrico y el interés dramático de la composición, un pulido entrelazo inspirado en la noción de infinito que expresa el llamado anillo de Moebius, se recorta en el bronce con toda la precisión de un signo y la hondura de un símbolo. Obra casi serena por la fuerza de la constante racionalista de Subirachs, pero turbadora por el profundo bucear del mismo en la condición humana a través de aquellas formas con las que podemos identificarnos más fácilmente: las del propio cuerpo. Subirachs, siempre a vueltas con sus ideas y sentimientos, utiliza el desnudo de forma realista y directa justo hasta el límite que permite la representación, aunque sin llegar a ocultar por completo la fuerte raíz humanística que le impulsa a identificarse con aquellos artistas antiguos para quienes lo obscuro y lo sagrado se imbricaban íntimamente hasta constituir una unidad inseparable.

La misma técnica y complementaria temática convergen en *Maternitat*, figura de mujer realizada en bronce y madera policromada, sobre la cual una semiesfera de cristal produce cierto efecto de realidad orgánica, a la vez que ayuda a mantener el equilibrio formal entre la parte escultórica y la pictórica. La idea de fecundidad física, de exaltada plenitud vital, se impone con fuerza a cualquier otra, subrayada por la particular segmentación del cuerpo y la determinación lineal, cromática y volumétrica de las formas.

Y no podía faltar en este breve estudio una realización que, en cierto modo, sintetiza algunos de los aspectos más relevantes de las obras citadas: *Personatge simètric*, producción en bronce y madera formada por tres frisos rectangulares superpuestos. Destaca la tabla central dividida, a su vez, en dos cuadrados sobre cuya superficie aparece pintado un busto femenino. Los frisos inferior y superior, realizados en bronce, completan la figura con el torneado de la peana que halla su contrapunto en la cabeza, también torneada.

Ciertamente, *Personatge simètric* ejemplifica, en primer lugar, la actual etapa neofigurativa de Subirachs en la que, mediante la utilización de formas completamente objetivas, el autor logra crear un mundo estético, subjetivo y personalísimo. Muestra, además, un claro dominio del concepto pictórico sobre el escultórico que destaca en la gran armonía cromática y los contrastes simultáneos de materias, técnicas y tratamientos. Asimismo, comparte con las obras comentadas, un agudo sentido de la "forma" (según la acepción que dieron al término los psicólogos de la *Gestalt*), interés por el cuerpo humano, y una audacia combinatoria que llamaríamos surrealista sino estuviera regida por tan estricto racionalismo.

Cuatro obras, en fin, que como una ordenada secuencia cinematográfica, ofrecen un cumplido ejemplo del momento actual de la evolución de un artista que, sin abandonar su laboreo intelectual y su probado clasicismo, hoy se orienta explícitamente, barrocamente, arriesgadamente también, hacia un ideal muy berensoniano: la intensificación de la vida a través de la forma artística.